

# JESÚS AGUIRRE Y EL GRAN SALTO HACIA ATRÁS

(1934-2001)

“**L**A belleza es, desde Kant, una finalidad sin fin”. Con esta frase culminaba su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes Jesús Aguirre, decimoctavo Duque de Alba. Parecía querer dibujar con sus palabras un arabesco de su propia existencia, marcada por la búsqueda permanente de la belleza y el desasosiego que tal actitud comporta. Había nacido en Madrid, el 9 de junio de 1934, aunque su infancia transcurrió en Santander, en un ambiente familiar difícil, tanto por la humildad de sus posibles como por la ausencia de un padre apenas intuido. Después de cursar el bachillerato con los salesianos se matriculó en la Universidad Pontificia de Comillas, de donde egresó en 1955 como licenciado en Filosofía y Letras. Un año más tarde obtuvo una beca del gobierno español para estudiar teología, y gracias a ella pudo marchar a Alemania, inaugurando así una etapa absolutamente crucial de su existencia. En la Universidad de Munich se doctoró con una tesis sobre Guillermo de Occam. Las reyertas con el papado que mantuviera el teólogo inglés, que acabó sus días protegido por el emperador Luis de Baviera, la lectura de sus muchas polémicas intelectuales, marcadas por el esfuerzo de distinguir entre los campos de la teología y la filosofía, debieron impresionar al joven sacerdote Aguirre, que ya había destacado en sus años mozos por la inteligencia de su juicio y la independencia de su criterio. Ricardo Gullón nos ha legado una imagen fiel del estudiante que, a mediados de los cincuenta, preparaba la maleta rumbo a Munich. “Una o dos tardes fue a casa, invitado a escuchar discos de Beethoven en versiones de Toscanini; escuchó con atención y en el comentario estuvo discreto y agudo. No cabía duda: en aquel instante primero, la inteligencia prefería recatarse a pavonearse; madurez, precisión y lucidez parecían derivación espontánea

de una exigencia mental bien controlada. ¿Cómo —me interrogaba en silencio— puede este muchacho sentirse atraído por la teología?»<sup>1</sup>. Sin duda, esa pregunta se la hacía ya el propio becado, que aprovechó sus años en Alemania para familiarizarse con otras corrientes de pensamiento alejadas del nominalismo occamista, aunque igualmente transidas por la disidencia intelectual. Me refiero a su encuentro con las lecturas de Benjamin y Adorno, cuyos escritos habían soliviantado el ánimo de la ortodoxia marxista, y en torno a los cuales se había constituido la llamada escuela de Francfort. La influencia que este período de su vida tuvo en el devenir intelectual y personal de Jesús Aguirre es considerable. Por un lado, le fortaleció en sus convicciones progresistas, alineándolo inequívocamente en la izquierda política, lo que luego tendría consecuencias no desdeñables durante la etapa en la que se desempeñó como responsable de la parroquia de la Ciudad Universitaria de Madrid. Por otro, le permitiría ser considerado, años más tarde, como el introductor de la Escuela de Francfort en nuestro país, gracias a las traducciones y ediciones que hizo de Adorno y de Benjamin, y a la difusión que promovió de pensadores casi desconocidos entonces en España como Horkheimer. Son sus estudios sobre Walter Benjamin, recogidos en un libro de ensayos con el título de *Casi Ayer Noche*<sup>2</sup>, una de las principales aportaciones de Aguirre al provinciano mundo intelectual de la España del tardofranquismo. En ellos nos descubre un profundo conocimiento del filósofo, basado en un trabajo sólido y pertinaz y en un manejo insuperable de la lengua alemana, ante el que muchas veces vi pasmarse a filólogos y especialistas de talla. Pero, más aún que las ideas de Benjamin, debieron impresionarle su peripecia vital y su actitud misma ante los métodos del pensamiento. Aguirre se vio subyugado por las fragmentaciones e interrupciones del discurso del filósofo, cuidándose muy mucho de matizarlas y de explicarlas. “La fragmentariedad de la creación benjaminiana —escribe— tiene su origen en la pluralidad numerosa de las

<sup>1</sup> Ricardo Gullón. Prólogo al libro de Jesús Aguirre *Las Horas situadas*. Madrid: Turner, 1989, pág. 10.

<sup>2</sup> *Casi Ayer Noche*. Ediciones Turner, Madrid, 1985.

fuentes de inspiración de su autor”<sup>3</sup>. Los elementos interruptores del discurso en Benjamin están relacionados, además, según Aguirre, “... con la convicción de que la realidad es discontinua —convicción alimentada por una voluntad de que realmente lo sea—. A esta inspiración plural y discordante habría que calificarla también... ..de marginada”<sup>4</sup>. Aguirre debió verse subyugado por la actitud contestataria de Benjamin, por su azaroso destino vital, su preferencia de la “gloria sin fama, la grandeza sin brillo y la dignidad sin sueldo”, pero también por su raíz teológica y mesiánica, tan entroncada con la tradición marxista, de la que Adorno renegaba a media voz desde su exilio neoyorquino. El entusiasmo y las preferencias que Benjamin despierta en él son innegables. ¡Viva la fantasía disidente!, llega a gritar en uno de sus artículos en el que comenta los escritos benjaminianos sobre Brecht, esa fantasía que le lleva a interpretar la revolución como un salto de tigre no sobre el futuro, en contra de los que tantos creen, sino sobre el pasado, para asumir la experiencia y, desde ella, provocar la ruptura del continuo. Pareciera como si las ensoñaciones vitales del curilla español expatriado en Alemania se vieran reflejadas también en el anhelo insondable de nostalgia y soledad que el filósofo encarnaba, obsesionado por “el contexto de culpa de todo lo que es vivo”. Desde mi punto de vista, el pensamiento de Walter Benjamin marca, en gran medida, el camino de la autodestrucción, consumada con su propio suicidio en 1940, en Port Bou. Mientras Adorno y tantos otros habían elegido Norteamérica para el exilio, Benjamin prefirió quedarse en una Europa en la que, pensaba, todavía quedaba algo que defender. Decepcionado, puso fin a su vida en la frontera francoespañola, huyendo del terror nazi, lo que le llevaría a decir más tarde al duque de Alba que en nuestra guerra civil hubo un millón de muertos... más uno.

Si me he espaciado un tanto en la glosa sobre Walter Benjamin, es porque la obra y la vida de este judío alemán gravitaron siempre

<sup>3</sup> *Ibidem*, pág. 122.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pág. 130.

como una parábola sobre la propia existencia de Jesús Aguirre. De regreso de Munich, se emplea éste como sacerdote en la iglesia de la Ciudad Universitaria. Estamos a comienzos de la década de los sesenta, durante la que el mundo experimentó una explosión de creatividad, de cambios culturales, políticos y sociológicos, como no se habían vivido desde el fin de la guerra mundial. La etapa se abre con la desestalinización en la Unión Soviética, la victoria del castrismo en Cuba, la elección de Kennedy para la presidencia de los Estados Unidos, el ascenso al papado de Juan XXIII y la generalización de los procesos de descolonización en África; y se clausura con las revoluciones estudiantiles, el mayo francés y la derrota americana en Vietnam. En España, un país todavía marginado de su entorno, encerrado en el ensimismamiento del franquismo, Jesús Aguirre va a encontrarse con una sociedad crecientemente insatisfecha, anhelante de conocimientos, de libertad, de poder comunicarse con el exterior. Desde su púlpito en la Universitaria comienza a contactar con representantes de los movimientos estudiantiles, líderes de la izquierda, profesores y alumnos que aúnan el espíritu conciliar del Vaticano II con el despertar social de las clases trabajadoras. Los sermones de Aguirre en su recoleto templo —recogidos después en un interesante volumen<sup>5</sup>— concitaban la disidencia de profesores y alumnos, entre los que resaltaba la figura de Enrique Ruano, un estudiante asesinado más tarde por la policía durante un interrogatorio y cuya imagen, enmarcada en un pequeño portafotos de plata, acompañó a Jesús Aguirre, sobre la mesa de su despacho, hasta el fin de sus días. En esos años entabla amistad estrecha con muchos escritores e intelectuales comprometidos en la lucha contra la dictadura. Su casa servía para facilitar los encuentros clandestinos entre enviados de la dirección comunista de París y los responsables del interior. Nombres como el de Jorge Semprún, Javier Pradera, Juan Benet, Juan García Hortelano, José Luis López Aranguren o Dionisio Ridruejo se inscriben entonces en la agenda diaria de quien ya es designado por el poder como

<sup>5</sup> *Sermones en España*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972.

el cura rojo de la universidad, mientras que los cabecillas estudiantiles del momento le solicitan como oficiante de sus bodas. Al final de la década, después de una especie de año sabático de meditación sobre su propia meditación, Aguirre da dos pasos del todo trascendentales. Por un lado se seculariza, consciente, como él mismo explicó, de que tenía quizás todas las preguntas pero, en cualquier caso, muy pocas respuestas; por el otro, acepta la dirección general de la editorial Taurus, descubriendo en ese empleo la esencia de la segunda y más genuina de cuantas vocaciones sintió en vida. Como editor, Aguirre se erigió en el agitador cultural de moda de la capital, trabando amistad con todos y cada uno de los que significaban o tenían algo que decir en el terreno intelectual. La amistad incipiente que ya le ligaba al entonces Príncipe de España le permitió llevar hasta el despacho que un día sería regio a republicanos de prosapia como Aranguren o José María Castellet, estableciendo puentes y lugares de encuentro que luego resultarían esenciales para el éxito de la transición política española. Aunque nunca militó en el marxismo, ni política ni teóricamente, se esforzó en esa época en estrechar el diálogo entre comunistas y católicos, al hilo del ejemplo iniciado por el buen papa Juan, de lo que da fe su contribución a la obra *Cristianos y Marxistas*, en la que colaboró junto con Aranguren, Sacristán y otros. También emprendió una titánica tarea de traducción y edición de los mejores autores de la Escuela de Francfort, recuperados para la moda del momento, en parte gracias al protagonismo de Herbert Marcuse en las revueltas estudiantiles que conmovieron la Universidad Libre de Berlín y la Sorbona. Desprendido de sus deberes eclesiásticos, guardó siempre una distancia respetuosa y un elegante silencio respecto a la jerarquía católica. Pese a que entonces militaba en las vanguardias del pensamiento era difícil, por no decir imposible, escucharle una crítica, mucho menos un improperio o una amargura, referentes al mundo de su juventud, en el que, por lo demás, había adquirido lo mejor de su formación filosófica y teológica. Junto a la difusión de una buena parte del pensamiento y el ensayo moderno, desde la editorial se esforzó también en conectar con las nuevas

corrientes literarias y poéticas, descubriendo, quizá por vez primera, su apasionada búsqueda de la belleza, en la que hizo bueno el aforismo kantiano con que empezaba este breve elogio. Con semejante bagaje de conocimientos y tales relaciones en su haber no es de extrañar que, en los albores de la fundación del diario *El País*, yo mismo —testigo como había sido de esa primera y genial metamorfosis del personaje— convocara en mi auxilio su enorme capacidad de criterio para ayudarme a establecer la línea cultural del diario. De su mano acudieron a engrosar las filas de nuestro periódico intelectuales como Alfredo Deaño, Rafael Pérez Sierra o Francisco Calvo Serraller, y a la influencia y la magia de Jesús se debieron en parte las orientaciones y prioridades que establecimos en la sección de crítica cultural. Durante los primeros meses de vida de *El País*, prodigó su pluma en artículos y recensiones que luego vieron la luz en forma de recopilación, pero en 1977 su actividad periodística, por la que expresaba un entusiasmo regocijante nada común, se vio truncada cuando el ministro Pío Cabanillas le convocó para ocupar la Comisaría General de Música de un Ministerio que entonces se llamaba de Cultura y Bienestar Social. Sus permanentes dotes de agitador fueron de nuevo puestas a prueba en este destino administrativo, desde el que potenció la Orquesta Nacional y fundó las Compañías Nacionales de Ballet Español y Clásico. Sobre esa etapa de su vida él mismo se encargó de rendir cuentas en un tomo de sus inacabadas memorias, concretamente el primero que publicó, aunque constituya el número cuatro de la inconclusa saga<sup>6</sup>. Más que una broma, o un juego de salón, esto de empezar las cosas a mitad del camino parece un reconocimiento intelectual al discurso interrumpido como método de pensamiento. Después nos regalaría con el volumen sexto de la serie, bajo el título de *Crónica en la Comisaría*<sup>7</sup>. En el exordio de dicho librito, que vio la luz en 1992 y es el último de los publicados por él, Aguirre se ve empujado a purgar su corazón. “¿Por qué no encuentro —se pregun-

<sup>6</sup> *Memorias del cumplimiento. 4. Crónica de una Dirección General*. Madrid, Alianza Editorial, 1988.

<sup>7</sup> *Crónica en la Comisaría. Memorias del cumplimiento* (vol. VI). Barcelona, Plaza y Janés, 1992.

ta— tiempo y modo para mirar atrás sin miedo, a mi niñez, adolescencia, etc. ...?”. La solución a esa interrogante viene enseguida de su propia mano: “El verdadero salto atrás lleva a la muerte”. Quizá por eso mismo la entera vida y obra de Jesús Aguirre se muestran como una permanente huida hacia delante.

En marzo de 1978 había contraído matrimonio con Cayetana Fitz-James Stuart, convirtiéndose así, por vía consorte, en el decimoctavo duque de Alba. Unos esponsales de este porte reunían las características de extravagancia y originalidad que tanto gustaban al antiguo sacerdote contestatario, y le dieron oportunidad de mejorar el argumento de su propia vida, encaminada por derroteros tales que le hubieran podido conducir a convertirse en una especie de Oscar Wilde madrileño de nuestro siglo. La diferencia era que, frente al trágico final del poeta británico, en la frente de Aguirre resplandecía el signo del éxito. Desde el primer momento asumió por completo su nueva condición, para la que algunos de sus amigos comentaban socarronamente que estaba verdaderamente predestinado. Trabajó en los archivos de la casa de Alba, se esforzó por mejorar la Fundación de la misma, impulsó sus tareas de mecenazgo y, siempre provocador, marchó a los Países Bajos a defender la figura del Gran Duque en una memorable conferencia. Habiendo dimitido en 1980 de la Comisaría General de Música encontró tiempo y reposo para dedicarse a labores de investigación histórica, traducir al escritor vienés Karl Kraus y publicar dos libros de poesía, uno de ellos dedicado a cantar el amor a su esposa, bajo el expresivo título de *Secreto a Voces*. Al mismo tiempo, volvió a menudear sus colaboraciones en prensa. Residente en el Palacio de Liria, su búsqueda de la belleza parecía consumada, por fin, entre los cuadros de Goya, Tiziano y Rivera que adornaban sus veladas literarias y políticas. Con la llegada al poder de los socialistas, los salones de la casa comenzaron a recibir nutridas embajadas de la inteligencia de vanguardia, componiendo a deshoras toda clase de escenas viscontianas que mezclaban la decadencia del arte con el poderío sublime de los argumentos. El rito se repetía en los palacios de Monterrey y Dueñas. Durante los paseos por éste último, el duque

obsequiaba a sus visitantes con la imagen del patio y el limonero evocados en sus versos por don Antonio Machado, que había sido hijo de un administrador del palacio.

En marzo de 1984, el excelentísimo señor don Jesús Aguirre y Ortiz de Zárate, duque de Alba, ingresaba en la Real Academia de Bellas Artes, para cubrir la vacante dejada por don Eugenio Montes. En el acto público de su recepción leyó un bello texto sobre dos cuadros del pintor Rivera, lo que le permitió exhibir su extensa erudición y su fino sentir en lo referente a la plástica. Parecía normal que un representante de la casa de Alba, que atesora la pinacoteca privada más importante de nuestro país, sentara sus reales en el caserón de la calle Alcalá. Idéntica justicia se hizo cuando, en diciembre de 1985, Aguirre tomó posesión de su plaza de miembro de número de la Academia Sevillana de Buenas Letras, deleitando a la concurrencia con una disertación sobre las relaciones del ducado de su nombre con la poesía sevillana de los siglos XVI y XVII. Finalmente, un año más tarde, en lo que Jorge Semprún calificó de “colofón de una empresa personal, de una aventura digna de ser narrada y comentada”, leía su discurso de ingreso en la Real Academia Española, dedicado a *El conde de Aranda y la reforma de espectáculos en el siglo XVIII*. Aguirre le hacía, sin que muchos lo supieran, un guiño a su propio destino. En efecto, con motivo de las capitulaciones nupciales firmadas con su esposa, ésta le había dado en propiedad, de forma vitalicia, el condado de Aranda, con lo que su estudio sobre el ilustrado español y sus trabajos por la renovación de la escena componían una especie de irónico homenaje al propio conferenciante, también conde de Aranda, también arrastrado por el viento de la modernización de su época, y también involucrado en los cambios estéticos y organizativos de nuestro teatro. El discurso de ingreso en nuestra Academia demuestra la atención que el duque mostró al legado espiritual y cultural que le tocó representar, y dibuja un conde de Aranda mesurado y prudente, víctima de sus propias y firmes creencias, que él supo casar con modales de respeto y tolerancia como no han sido frecuentes en la historia de España. Como resultara que fue él quien firmó la expulsión de los jesuitas de nuestro país, y semejante



acto casaba mal con la teoría de las moderaciones, Aguirre se esforzó en demostrar que el conde se limitó a poner en práctica una decisión ya tomada por su predecesor. Los discursos de entrada en las citadas academias los reunió el duque en un volumen al que puso el inequívoco título de *Altas Oportunidades*, y que resulta un documento valioso para comprender sus postreras preocupaciones estéticas e históricas.

Durante los últimos años de su vida, Jesús Aguirre se vio afectado de una misteriosa enfermedad sobre la que nunca ofreció explicación plausible. Los amigos que tanto le habíamos tratado, y luego fuimos testigos doloridos de su ausencia, somos conscientes del sufrimiento interior y profundo que le acompañó en esas fechas. A finales de 1996, y con motivo de las votaciones para mi candidatura a la Real Academia Española, el duque volvió a hacerse presente en mi vida cotidiana. Durante algún tiempo me telefoneó a diario, manteniendo de nuevo ambos aquellos inolvidables y proteicos diálogos que le gustaba prodigar. Me anunció su regreso a su mundo de siempre, su voluntad de volver a ser el que era, de recuperar el pasado y abalanzarse sobre él, como tantas veces había deseado. Pero, al cabo de unas semanas, volvió a sumirse en el silencio y el distanciamiento de su propia historia, abandonándose a una soledad interior que le acompañó hasta la muerte. Releyendo días atrás sus artículos y libros, repasando su ingente obra de mecenazgo y producción cultural, he recuperado muchas imágenes de Jesús, al que llegué a conocer vestido de sotana y de quien me despedí por última vez luciendo las condecoraciones sobre el frac. Su recuerdo será imborrable para toda una generación de españoles que aprendió a pensar, a debatir, a protestar y a solicitar, al hilo de sus enseñanzas, a veces jocosas, a veces sutiles, siempre contundentes. La historia de la cultura española guardará siempre con él una deuda de gratitud. La mejor manera de pagarla sería que alguien emprendiera la tarea de contarnos la verdadera y prodigiosa aventura vital de Jesús Aguirre, décimo octavo duque de Alba, miembro de la Real Academia Española hasta su fallecimiento.